

Pero al llegar la noche, en vez de descansar nos vimos obligados á tomar de nuevo los fusiles. Alarmada la ciudad con los rumores que corrieron de que los Franceses atacaban al monte Mario, salimos precipitadamente por la puerta Angélica, cambiamos algunos tiros con los Franceses y dormimos sobre el borde de un foso con las armas en la mano.

*
* *

Desde este momento, las notas que nos ha dejado Garibaldi al marchar á Sicilia nos proporcionan el medio de poderle oír á él mismo, y de poder leer lo que su misma mano ha escrito.

Garibaldi pues va á continuar sus Memorias.

XIII.

COMBATE DE VELLETRI.

El 12 de mayo, la asamblea constituyente de Roma, en vista de la heroica defensa de Bolonia, decretaba lo siguiente :

« Roma, 12 de mayo de 1849.

- » La asamblea constituyente,
- » En nombre de Dios y del pueblo,
- » Decreta :
- » Artículo único.

» El heroico pueblo de Bolonia ha merecido bien de la patria, de la República, y ha sido digno émulo de su hermano, el pueblo romano. »

El mismo dia en que sucumbió Bolonia, Fernando de Lesseps, embajador extraordinario de la República francesa, entraba en Roma acompañado de Miguel Accursi, enviado de la República romana á París.

Gracias á los buenos oficios del embajador francés, se llevó á cabo el armisticio de que se trataba hacia quince dias, y al que me habia yo opuesto el dia 1.º de mayo con gran insistencia.

El gobierno romano se aprovechó de esta tregua para desembarazarse del ejército napolitano, que si bien no inspiraba verdadero temor, llamaba un tanto la atención del gobierno, pues se componía de veinte mil hombres y de treinta y seis piezas de artillería.

Me equivoco, no le quedaban mas que treinta y tres, puesto que les habíamos cogido tres en la Pa-lestrina.

Con este motivo, el gobierno creyó conveniente nombrar dos generales de division á un coronel y á un general de brigada; el primero fué Rosetti, el segundo yo.

Rosetti fué nombrado general en jefe de la expedicion.

Varios amigos me aconsejaron que no aceptase una posicion tan secundaria, á las órdenes de un hombre que el dia antes habia sido mi inferior.

Pero confieso que nunca me han preocupado esas cuestiones de amor propio, que me ofrecen, aunque solo sea como simple soldado, la ocasion de sacar la espada contra los enemigos de mi país. Hubiera servido lo mismo que un simple *bersagliere*. Así es que acepté gustoso el cargo de general de division.

El ejército de la República, compuesto de diez

mil hombres y doce cañones, salió de los muros de Roma por la puerta San Giovanni, el 16 de mayo por la tarde.

De los diez mil hombres, mil eran de caballería. Ya en marcha, se echó de ver que faltaba el cuerpo de Manara, que debia formar parte de la expedicion.

Se mandó á un oficial de estado mayor, para que averiguase porqué Manara, siempre el primero al marchar contra el enemigo, era en esta ocasion el último.

Se habian olvidado de avisarle, y se le encontró furioso en la creencia de que se le habia separado de la expedicion.

Pasamos el Teverone por el camino de Tívoli: desde allí nos dirigimos hácia la derecha, y llegamos cerca de las once de la mañana á Lagarola, despues de una marcha penosa para nuestros soldados, en la que adelantamos muy poco, á pesar de haber andado diez y seis horas.

De esto fué causa el espesor de la columna.

Además nos molestaba en extremo el polvo, y el camino era tan estrecho cerca de Cotani que tuvimos que pasarle uno á uno.

En Lagarola no encontramos ni pan ni carne,

pues la division napolitana habia tenido buen cuidado de agotar casi todas las provisiones.

El estado mayor no habia previsto el caso por olvido.

Afortunadamente llevaba yo algunas reses; mis soldados por su parte cogieron otras; algunas se mataron con lazos. Las despedazaron, las asaron, y nos las comimos. Al quejarme yo de la falta de precaucion que habia puesto en el caso á la expedicion de morir de hambre, se me respondió que reuniendo víveres, se habia temido llamar la atencion del enemigo.

Excelente disposicion!

Nos quedamos unas treinta horas en Lagarola, donde partimos sin pan lo mismo que habíamos entrado.

El 18 de mayo fué dada la órden de ponerse en marcha á la una de la tarde, lo cual no se efectuó realmente hasta las seis. Altos de esta especie son peores que marchas forzadas.

Por fin á las seis me puse á la cabeza de la brigada de vanguardia, y partimos para Valmontone, seguidos de las demás brigadas. Habia dado órden de que se observase el mayor silencio en las filas, y la mayor vigilancia en la cabeza del ejército y en los flancos, pues habia recibido aviso de que los Napo-

litanos acampaban en Velletri; su fuerza era de diez y nueve á veinte mil hombres, entre los cuales habia dos regimientos suizos, y treinta piezas de artillería.

Se aseguraba que el rey de Nápoles en persona estaba dentro de la ciudad.

Los realistas ocupaban en efecto á Velletri, Albano y Frascati. Sus avanzadas llegaban hasta Frattocchie; su ala izquierda estaba protegida por el mar, mientras que la derecha se apoyaba en los Apeninos. Así que hube yo abandonado Palestrina la ocuparon ellos, viéndose al punto dueños del valle que atravesaba el único camino practicable para un ejército que viniendo de Roma, intentase atacarlos. Les era pues muy fácil oponernos gran resistencia, teniendo como tenian las ventajas de ocupar buena posicion, y de ser el número de sus soldados, de su caballería y de sus cañones mayor que el nuestro.

Mas el éxito feliz del primer encuentro nos prometia buen resultado para el segundo, tanto mas cuanto que las tropas del rey de Nápoles estaban completamente desmoralizadas, y en las tropas la disciplina es todo.

Se habia calculado que, para obligar al enemigo á una retirada ó á una batalla, era preciso apode-

rararse sin demora del valle, ocupando una posicion de flanco que interceptase las comunicaciones del ejército napolitano con Nápoles. Como punto estratégico para el efecto se habia designado á Montefortino. Dueños en efecto de dicho punto, podíamos apoderarnos de Citerna y cerrar el paso de su frontera á los realistas, ocupando despues á Velletri, si la abandonaban para rodearnos; y por último, podíamos concentrar todas nuestras fuerzas sobre el cuerpo mas débil del enemigo en caso de que cometiera la imprudencia de dividirse.

A la caida de la tarde llegamos á un paso muy estrecho que desemboca cerca de Valmontone; nos costó dos horas atravesarle. El regimiento de Manara, acompañado de un escuadron de dragones y de dos cañones, tuvo que apoyar la vanguardia.

Llegamos á las diez, en medio de una oscuridad completa, y el tren del campamento se hallaba en tan mal estado, que fué preciso ir á buscar agua á una milla de distancia.

El 18 continuamos nuestra marcha con la misma rapidez, y encontramos libre á Montefortino, que tan fácilmente se nos hubiera podido disputar, lo mismo que el dia anterior habíamos encontrado abandonadas por el enemigo á Palestrina y á Valmontone.

Todo el ejército napolitano se habia retirado á Velletri.

El 19 por la mañana abandoné las posiciones de Montefortino con direccion á Velletri, acompañado de la legion italiana, del tercer batallon del tercer regimiento de infantería romana y de algunos jinetes á las órdenes del valiente Marina; entre todo unos 1,500 hombres.

Iba conmigo Ugo Bassi, excelente jóven que, aunque no tenia armas, me servia de oficial de órdenes, repitiéndome sin cesar en lo mas fuerte del fuego:

« Por Dios, general, enviadme donde haya peligro, en el puesto de algun otro mas útil que yo. »

A vista de Velletri, mandé á un destacamento que se adelantase hasta los muros de la ciudad, con objeto de reconocer el terreno y de llamar la atencion del enemigo para que tomase la ofensiva.

No me proponia yo vencer con 1,500 hombres á los 20,000 del rey de Nápoles; pero sí era mi intencion, una vez principiado el combate, atraerlos á mí, y distrayéndolos, dar tiempo al grueso de nuestro ejército para llegar y tomar parte en la lucha.

Coloqué en las alturas que flanquean el camino de Velletri la mitad de mi legion, dos ó trescientos hombres en el centro, á la derecha la mitad del ba-

tallon, y los pocos jinetes mandados por Marina en el camino mismo.

El resto de mi gente se quedó en segunda línea, de reserva.

El enemigo al ver el escaso número de nuestras tropas no tardó mucho en atacarnos : un regimiento de cazadores de infantería salió el primero de la ciudad, y distribuyéndose por partes dirigió un fuego de guerrillas á nuestras avanzadas.

Las avanzadas, conforme con las órdenes que se les habia dado, se batieron en retirada.

Entonces se unieron á los cazadores napolitanos unos cuantos batallones de línea y un numeroso cuerpo de caballería.

El choque fué violento, aunque rápido. Cuando llegaron á medio tiro de bala, fueron detenidos de repente por el fuego lento y admirablemente dirigido por nuestros soldados.

Media hora despues de haber comenzado el fuego, el enemigo dirigió hácia el camino dos escuadrones de cazadores de caballería : una carga á la desesperada debia decidir la victoria.

Me puse entonces á la cabeza de mis cincuenta ó sesenta jinetes contra quinientos hombres.

Los Napolitanos en su primer ímpetu pasaron por encima de nosotros, y yo, arrojado al suelo á diez

pasos de mi caballo, me levanté y permanecí en medio de la confusion, defendiéndome é hiriéndome para que no me hirieran.

Mi caballo se habia levantado como yo ; pronto me monté, y me dí á conocer á mi gente, que quizás me creía muerto, poniendo mi sombrero en la punta de mi espada y agitándola en el aire. De todos modos, no era difícil conocerme, puesto que yo solo llevaba un poncho blanco con vueltas encarnadas.

Mis soldados, al verme, me recibieron con gritos de entusiasmo.

Con tal ímpetu habia cargado la caballería napolitana que llegó hasta nuestra reserva, mientras que los batallones de línea formados en columna los seguian de cerca. Su mismo arrojo los perdió, porque no teniendo ya sus flancos protegidos por el regimiento de cazadores de infantería, y encontrándose con los nuestros emboscados á derecha é izquierda en todas las colinas, y frente á frente con nuestra reserva, se pusieron ellos mismos ante el fuego de nuestros soldados.

Entonces pedí refuerzos al general en jefe, participándole que segun mi aviso la batalla se habia empeñado con buen éxito.

Se me respondió que no me podian mandar re-

fuerzo alguno, porque los soldados no habian aun comido el rancho.

Entonces me decidí á hacer cuanto pudiera con mis propias fuerzas, que desgraciadamente no eran bastantes en caso tan decisivo.

Mandé tocar á la carga en toda la línea : éramos 1,500 contra 5,000.

Al punto se pusieron nuestras dos piezas de artillería en batería, é hicieron fuego : el fuego de guerrilla menudeó tambien, y mis cuarenta ó cincuenta lanceros, al mando de Marina, se arrojaron sobre tres ó cuatro mil hombres de infantería.

Manara, sin embargo, distante unas dos millas de nosotros, oyó nuestro fuego y pidió al general en jefe el permiso de reunirse á nosotros.

Al cabo de una hora lo obtuvo.

Los valientes jóvenes llegaron á paso redoblado por el camino real, sufriendo el fuego de la artillería enemiga. Nuestra retaguardia, así que llegaron, les abrió paso, y desfilaron al son de las trompetas y en medio del mayor entusiasmo.

Al ver á esos jóvenes, pequeños, morenos y fuertes, al ver sus negros plumeros agitados por el viento, todos lanzaron el grito de « Vivan los Bersaglieri. »

Ellos respondieron con el grito de « Viva Garibaldi, » y entraron en línea.

A la sazón el enemigo se veia rechazado de posición en posición, y se retiraba bajo el fuego de la artillería de la plaza, cuya guarnición en su mayor parte se apoyaba en un convento á la derecha de la puerta. Dos piezas de artillería enemiga barriaban el camino de Velletri, las demás disparaban hácia el flanco izquierdo de nuestra columna, donde estaban los tiradores diseminados, los que no sufrieron gran pérdida favorecidos por la configuración del terreno escarpado que les facilitaba los medios de ocultarse.

Apenas hubo llegado al campo de batalla, Manara me buscó con la vista, reconociéndome al instante por mi poncho blanco. Se dirigió hácia mí á galope, pero se vió detenido en el camino por un incidente, del que voy á hablar aquí, porque pinta admirablemente el espíritu de nuestros soldados.

Al pasar delante de la música que estaba tocando una pieza alegre, unos veinte soldados suyos no habian podido resistir á la influencia de la música, poniéndose á bailar bajo el fuego y la metralla de los Napolitanos.

Mientras que Manara, en medio de una lluvia de

balas, los contemplaba riéndose, una bala de cañon se llevó dos soldados de los que bailaban.

Entonces hubo un momento de pausa; pero Manara exclamó: «¿Qué es eso? y la música?»

La música volvió á tocar, y se principió el baile de nuevo con mas ardor que antes.

Por mi parte, al ver llegar á los bersaglieri mandé á Ugo Bassi para decir á Manara que viniese á hablar conmigo.

Lo primero que me preguntó fué si estaba herido.

«Me parece, contestó Ugo Bassi, que el general ha recibido dos balazos, uno en la mano y otro en el pié, pero puesto que no se queja, las heridas no deben ser de gravedad.»

En efecto habia recibido dos arañazos, de los que solo me acordaba por la noche, cuando no tenia otra cosa que hacer.

Manara me refirió la escena que acababa de presenciarse.

«¿No os parece, me preguntó, que con semejantes hombres podemos arriesgarnos á tomar por asalto la ciudad de Velletri?»

Me eché á reír: ¿cómo era posible tomar con dos mil hombres y dos cañones una ciudad situada en lo alto de un monte como el nido del águila, defen-

dida además por veinte mil hombres y treinta piezas de artillería?

Pero tanto era el ardor de aquellos jóvenes que nada veían imposible.

Envié nuevos mensajeros al cuartel general. Si tan solo hubiera contado con 5,000 hombres, habria probado fortuna, al ver cuán grandes eran el entusiasmo de mi gente y el abatimiento de los Napolitanos.

Al lado derecho de la puerta se distinguia á la simple vista como una especie de brecha en la muralla, la que á pesar de estar casi cerrada, nos hubiera sido fácil abrir con solo algunas balas de cañon. Las columnas de ataque, protegidas por numerosos árboles que cubrian ambos lados de la colina, podian fácilmente llegar hasta la brecha. Los zapadores de todos los cuerpos, venciendo los obstáculos, se hubieran encargado de lo demás.

Dos ataques estratégicos hubieran protegido el ataque principal.

En vez de esto, fué preciso dejar á los bersaglieri divertirse tiroteando contra los soldados que habia en las murallas, en tanto que dos regimientos suizos hacian un fuego terrible sobre ellos desde el convento de los capuchinos.

El general en jefe se decidió por fin á venir en

mi ayuda con todo el ejército; mas cuando llegó, habia pasado el momento oportuno. En la seguridad de que el enemigo evacuaria la ciudad durante la noche, sabiendo además que el rey habia partido con seis mil hombres, propuse el enviar un numeroso destacamento hácia la puerta de Nápoles, cargando sobre el flanco del enemigo en el momento en que este se retirase en desórden. Por temor de amenguar demasiado nuestras fuerzas no se llevó á cabo mi plan.

A eso de la media noche, deseando saber á qué atenerme, di órden á Manara de enviar un oficial con cuarenta hombres de su confianza hasta las murallas mismas de Velletri, hasta Velletri misma, si era posible.

Manara transmitió mi órden al subteniente Emilio Dandolo, que acompañado de cuarenta hombres se dirigió, en medio de la oscuridad de la noche, hácia la ciudad.

Encontró á dos aldeanos que le aseguraron que la ciudad habia sido completamente abandonada.

Dandolo llegó entonces con su gente hasta la puerta misma, en la que ni un solo centinela encontró.

Destruida por nuestras balas, estaba obstruida con barricadas.

Los bersaglieri escalando la barricada, entraron en la ciudad.

Estaba completamente desierta. Dandolo hizo algunos prisioneros, que sin duda se habian retardado, y por medio de ellos y de algunos habitantes de la ciudad que despertaron sus soldados, supo cuanto yo deseaba saber, esto es que los Napolitanos al principiar la noche se habian puesto en retirada con tanta precipitacion y en tanto desórden, que habian abandonado la mayor parte de sus heridos.

Al amanecer me puse en su seguimiento, pero no me fué posible alcanzarlos. De todos modos, estando en el camino de Terracina, recibí órden de reunirme á la columna, que se habia dividido en dos partes, volviendo la primera á Roma, y debiendo la segunda libertar á Frosinone de los voluntarios de Zucchi que la infestaban.

De este modo logró escaparse el enemigo, y una jornada que hubiera podido darnos un éxito decisivo, no hizo mas que proporcionarnos una simple ventaja.

Cuatro fueron las cosas que no se supieron hacer en este dia :

— No supieron mandarme refuerzos cuando los pedí.

— No se supo dar el asalto, despues de unirse á mí.

— No se supo estorbar la retirada de los Napolitanos.

— No se supo perseguir á los fugitivos.

XIV.

3 DE JUNIO.

El 24 de mayo entré en Roma en medio de la inmensa multitud que me saludaba con gritos de loca alegría.

Los Austríacos amenazaban á la sazón á Ancona.

El primer cuerpo de cuatro mil hombres habia ya salido de Roma para ir en defensa de las Legaciones.

Se trataba de enviar otro cuerpo, pero antes de hacerle salir de Roma, el general Rosetti creyó de su deber escribir la siguiente carta al duque de Reggio, para la completa seguridad de la ciudad.

« Ciudadano general,

» Abrigo la íntima conviccion de que el ejército de la República romana combatirá un dia al lado de la República francesa, para mantener los mas sagrados derechos de los pueblos. Esta conviccion me mueve á haceros algunas proposiciones que creo aceptaréis. Ha llegado á mi noticia que se ha concluido un tratado entre el gobierno y el ministro